

# EDITORIAL

**Miguel Á. Sierra**

Estoy confundido (un poco más de mi natural ser). Por todas partes se habla de “fomento a la investigación”, “plan de recuperación, transformación y resiliencia”, “Reforma de la Ley de Ciencia, Tecnología e Innovación” y otras muchas medidas del más variado pelaje. Como soy muy simple todo esto se traduce en inyectar pasta en el sistema, según unos criterios que pueden ser más o menos discutibles, pero es dinero, al fin y al cabo. La cuestión es si esto va a servir para algo. Me explico ¿Puede un coche con el motor gripado moverse y acelerar por mucho que le pongamos gasolina? Claramente no.

Hace ya unas cuantas editoriales decía con alegría ¡Me han auditado! Y lo hicieron. Vaya si lo hicieron. Como ocurre con cualquier acción se produce siempre una reacción. Gracias al genio que diseñó el sistema de auditorías con el fin de recuperar unos euros, basándose en la premisa de que todos los investigadores somos culpables mientras no se demuestre lo contrario, las universidades y centros públicos de investigación han entrado en un estado que en psiquiatría se denomina catatonía (lo he mirado en la “wiki” y significa “síndrome neuropsiquiátrico caracterizado por anomalías motoras, que se presentan en asociación con alteraciones en la consciencia, el afecto y el pensamiento”), y terror pánico (esto no lo he mirado, me cayó en un examen y significa terror extremo, y es un miedo grande, un temor excesivo, o una cobardía extrema).

La universidad española y los organismos públicos de investigación (OPIs), como cualquier ente que compite por unos recursos escasos, lucha a muerte por conservar su dinero, que, en este caso no es suyo, sino que lo recibe gracias a que los investigadores se parten la espalda para conseguirlo. Esto último no importa ya que, para el sistema público de investigación, los investigadores solo son necesarios para su propia supervivencia, como aquellos parásitos buenos que dan a su huésped elementos esenciales y que, por eso, el sistema inmune del huésped los tolera. ¿Qué ocurre, si por un cambio



en las reglas de juego le quitan a la universidad o a los OPIs dinero que no es suyo pero que gestionan? Como cualquier ente irracional reacciona de forma impredecible, y, puesto que el investigador es el eslabón más débil del sistema, esta reacción nos ataca directamente. Extraño, ¿verdad? Porque el investigador es quien genera los fondos que hacen que la universidad y los OPIs sobrevivan, y sin ellos no habría universidades ni OPIs. Habría institutos de enseñanza terciaria.

Pues esta analogía biológica sirve para explicar lo que ha sucedido. Gracias a las auditorías y a que la Universidad y OPIs han tenido que devolver fondos “mal ejecutados” según los auditores, empresas privadas con poca relación con el mundo de la investigación, nuestros centros de trabajo han multiplicado por cien sus requisitos para que los investigadores puedan gastarse su dinero. En otros tiempos, tramitar un viaje, conseguir una habitación de hotel, comprar un reactivo o incluso un paquete de folios era tan sencillo como disponer del dinero, una solicitud que, en muchos casos era a posteriori, y asunto concluido. Y ya entonces nos parecía una pesadilla. ¡Que equivocados estábamos! Puesto que mi universidad en la más grande del país, voy a poner dos ejemplos

del protocolo a seguir para comprar un ordenador y solicitar una noche de hotel para asistir a un congreso. Por supuesto, debe quedar claro que estamos hablando de gastarnos un dinero que hemos conseguido en una convocatoria pública nacional o internacional. Pues bien, supuesto que ya sé el ordenador que quiero, tengo que rellenar un papel y enviarlo a los servicios informáticos que dan el visto bueno *si y solo si* está incluido en los catálogos de los proveedores de la universidad. El proveedor manda un presupuesto y finalmente, si lo acepta el organismo económico competente, unas semanas después llega el ordenador. Por el camino, cuatro impresos a rellenar y un coste 20-30% (estoy siendo conservador) más caro que en el mercado libre. Si el artículo a comprar no está en el acuerdo Marco (el celebre acuerdo Marco) la cosa se complica con el consiguiente aumento del papeleo, y, si quieres un equipo *ad hoc* porque lo necesitas se acabó.

Solicitar una noche de hotel es todavía más esperpéntico. Tienes que hacer la solicitud a tres de las agencias de viajes que trabajan con la universidad y, si hay suerte te consiguen una habitación en la pensión la Trucha, porque con las dietas que te dan para pernoctar no da para más. Ojo, por el camino son seis impresos más. Por supuesto, luego tienes que justificar que has ido a la pensión la Trucha que puede estar en Múnich (Forelle Fremdemzimmer) y no vale con la factura, te piden justificante de pago y posiblemente en unos meses (el sistema es dinámico, cambia de mes a mes) un juramento de sangre sobre una servilleta del hotel.

Cualquiera que trabaje en un centro público de investigación sabe que no estoy exagerando más que un poquito. Ni que decir tiene que con las dietas que el Ministerio considera suficientes, la pensión la Trucha es a lo más que puede aspirar el humilde investigador. Tampoco nos hace falta más ¿no os parece? Pasar unas cuantas calamidades siempre es bueno para aguzar el ingenio, y sin lugar a dudas una pensión con unas cuantas cucarachas es el lugar apropiado. Pensad en el abate Faria que era experto en todo tipo de disciplinas científicas y como se las apañó no solo para sobrevivir en el trullo de If, sino para que se escapara Edmundo Dantes, tesoro incluido. Eso sí, el pobre abate se murió por el camino.

Que la investigación no es un sendero de rosas lo sabemos todos los que nos dedicamos a este negocio. Pero sería bueno que nuestros queridos gestores se dieran cuenta de que no se trata de dormir en el Waldorf Astoria (otro día os digo cómo se puede justificar que has dormido en Nueva York sin volar primero a Estados Unidos, es divertido pero largo de contar), sino en un sitio digno, no solo para nosotros sino para los visitantes nacionales y extranjeros que caen de vez en cuando por aquí. Vamos que, entre las peleas para conseguir que te acepten una factura, o un billete de avión, justificar que has ido a una reunión científica en un sitio que está a 100 km de tu casa en coche y que no has necesitado echar gasolina (por lo que el viaje es injustificable, aunque presentes y te paguen las noches de hotel), reclamar pagos atrasados, justificar que los cinco litros de etanol son para investigar y no te los has bebido y otras historias, el tiempo que

un investigador tiene para hacer algo productivo es un 40% del tiempo que está trabajando. No me digáis que no suena a cachondeo cuando te firman una solicitud de un proyecto en el vicerrectorado de investigación diciendo que la universidad se compromete a facilitar la ejecución del proyecto.

Y ya el colmo de los colmos, el material de papelería no es justificable frente al Ministerio. Afortunadamente, con los ordenadores y las pantallas modernas cada vez imprimimos menos, pero, lo mejor de todo es que luego te piden un ejemplar en papel. Esto tiene que tener alguna relación con la transustanciación de la letra electrónica en la letra en papel sin comprar el folio antes. Aquí en Madrid, estas compras se hacen en una central de compras nada menos que de la Comunidad de Madrid. Yo la última vez que me quise comprar un roller de 2 euros desistí. Me fui a la papelería y puse los dos euros de mi bolsillo. Nunca los he recuperado y no creáis que no me duele.

Cuando el mundo era joven y yo también, le pregunté a Lou Hegedus cómo gestionaban los fondos de la NSF (en aquel momento de unos 1.500.000\$ solo de un proyecto, y es que en Estados Unidos se pueden pedir varios proyectos al mismo tiempo y encima, si son buenos te los financian). Me miró como si fuese un extraterrestre y me dijo, “yo elijo un banco y me ingresan allí los fondos, no tengo que dar explicaciones, solo la justificación final de gastos”. Vamos, como aquí, que tienes que demostrar tu inocencia porque culpable ya eres. La diferencia es muy simple, allí si haces algo raro te ponen en la lista negra y no vuelves a tener financiación nunca más, eso sí, por el camino aparece el FBI y acabas en Sing Sing. Aquí te dan un tirón de orejas y te dicen “nene malo, no vuelvas a hacerlo”. Mientras tanto relléname estos tres impresos y que no se te olvide el ticket de gasolina (no se si valdría como justificación una cucaracha de la pensión la Trucha).

Esta editorial parece más un guion de una película de los Hermanos Marx llevado al absurdo. Pero es la realidad de un sistema de investigación gripado por la burocracia, la desconfianza en el investigador, un sistema de gestión sobredimensionado, absurdo y decimonónico. Y no olvidemos que ahora tenemos Excel y, adicionalmente, te piden un Excel con horas trabajadas, gastos, etc. Que metan unos cuantos millones en el sistema está realmente bien. Que en estas condiciones va a servir para bastante poco parece obvio. Que se puede hacer de otra forma, seguro. Nuestros gestores no tienen que irse muy lejos, solo tienen que mirar a los sistemas de investigación paralelos que tiene este país y que, mira por dónde, sin prácticamente papeleo funcionan. No es que vaya a servir de mucho, pero me niego a aceptar que soy culpable y tener que demostrar mi inocencia, día a día y euro a euro.

Gracias por leer

MIGUEL A. SIERRA  
Editor General de Anales de Química.